

EL DESARROLLO DE CENTROS SOCIOPOLITICOS EN LA SEGUNDA FASE DE LA MODERNIZACION

ANALISIS COMPARATIVO DE DOS TIPOS ESPECIFICOS

I

En este capítulo intentaremos analizar brevemente dos tipos de regímenes sociopolíticos que se desarrollan en la segunda fase de la modernización, fase que recibe el nombre de «modernización masiva».

El presente análisis estará basado en varios presupuestos sobre la modernización determinados en otros trabajos --presupuestos que consideran a la modernización como un proceso de continua diferenciación sociodemográfica y estructural hacia una sociedad de *consenso masivo*--, todos los cuales crean nuevos y cambiantes problemas y convierten, en consecuencia, la cuestión general del crecimiento sostenido de la capacidad de absorción de estos cambios permanentes, en el principal problema de la modernización (1). Es dentro de este amplio marco conceptual como debe ser entendido la diferencia entre las dos fases de la modernización.

Estas fases cabe distinguirlas con arreglo a los dos principales aspectos de la modernización: por un lado, la continua diferenciación estructural, la íntima aproximación al centro de grupos más amplios y los problemas originados por estos procesos; por otro, la capacidad de los centros para abordar estos problemas e introducir los adecuados ajustes institucionales y simbólicos.

(1) Estos puntos están desarrollados con mayor detalle en S. N. EISENSTADT: «Modernisation and Conditions of Sustained Growth», en *World Politics*, vol. XVI, número 4, julio de 1964, págs. 576-594; *Political Modernisation: Some Comparative Notes*, reimpreso por *International Journal of Comparative Sociology*, vol. V, número de marzo de 1964, págs. 2-24; *Modernisation: Growth and Diversity*, del Carnegie Faculty Seminar on Political & Administrative Development, Indiana University, Department of Government, U. S. A., 1963, págs. 1-26; y en la obra *Modernisation, Protest and Change* que será publicada en 1966 por Prentice-Hall, donde se hace referencia a otras fuentes. Véase también R. SHILS: *Political Development in New States*, The Hague, Mouton, 1962; y la obra del mismo autor *The Theory of Mas Society*, Diogenes Fall, 1962.

Las características estructurales más importantes de la primera fase «limitada», que se desarrolló en los siglos XVIII y XIX en Europa (especialmente Europa Occidental), Estados Unidos, y en menor grado en los países iberoamericanos y asiáticos, son el ámbito de actuación relativamente pequeño de las nuevas organizaciones; el desarrollo de numerosas organizaciones relativamente específicas y de orientación fija; la expansión de mercados, hasta entonces restringidos, en las principales esferas institucionales, y la relativa preponderancia de la representación pública y de medidas reguladoras y distributivas de carácter comunitario y profesional.

En esta fase las clases media y elevada han predominado generalmente en el proceso activo de modernización que se fué extendiendo poco a poco a grupos y estratos más amplios gracias al ritmo relativamente lento y gradual de urbanización e industrialización y a la progresiva expansión.

Los problemas más generales que surgieron en esta fase de modernización fueron el modo en que los grupos y estratos más amplios, sometidos a un proceso más limitado de modernización, podían ser incorporados a las instituciones centrales de la sociedad; la forma en que los diversos problemas cristalizaban en orientaciones de protesta y exigencias políticas que se «traducían» en distintas actitudes políticas que ampliaban el alcance de la institución central de la sociedad, y el grado en que en el centro se desarrollaban efectivamente estructuras coherentes y cristalizaban identidades colectivas.

Estos problemas generales podrían subdividirse en varios conceptos. El primero comprende la extensión de la participación política, en su aspecto formal (constitucional) y en el de una mayor intervención en la comunidad mediante el acceso a diversos puestos del Poder y la capacidad de influir en la política y en las decisiones que se adopten.

El segundo se refiere a los distintos problemas concomitantes a la creciente transformación de la identidad colectiva cultural de su adscripción tradicional a otra más temporalmente diferenciada en el aspecto civil y nacional y al problema consiguiente del grado hasta el que es posible incorporar las distintas tradiciones de los diversos grupos en el nuevo centro simbólico.

El tercer núcleo importante de problemas se origina con el primer impulso recibido por la industrialización y la urbanización. Fué aquí cuando se desarrolló toda la gama de problemas sociales y se formularon exigencias políticas y sociales más articuladas en relación con dichos problemas.

El modo en que se hizo frente a estos problemas varió considerablemente según la orientación e interrelación de las principales élites modernizantes y las primeras iniciativas de modernización, que se evidenciaron principalmente en la organización estructural y en los símbolos de los nuevos centros.

El centro de la sociedad que tendía a desarrollarse en esta fase de movili-

zación se caracterizó por lo general, aunque no siempre, por la formación de una estructura política central, moderna y fuerte, y a veces también por el desarrollo de símbolos centrales relativamente diferenciados antes del comienzo de la industrialización y de la rápida extensión de las aspiraciones políticas a grupos y estratos más amplios.

Pero tales centros se diferenciaron grandemente por su solidez y flexibilidad, por su tendencia a conservar las rígidas concepciones tradicionales y por su aptitud para abordar los diversos problemas anteriormente analizados. Como veremos después con mayor detalle, estas diferencias han tenido una gran importancia desde el punto de vista del proceso total de modernización.

Las características y problemas de la segunda fase de modernización difieren de los correspondientes a la primera en algunos aspectos importantes.

Las características fundamentales de esta fase de modernización son su creciente carácter «masivo», es decir, la extensión de la participación en todas las principales esferas de la sociedad a grupos y estratos más amplios, y un permanente impacto, directo e intensivo, de estos grupos sobre los diversos centros de la sociedad.

Estructuralmente, esta fase de ritmo creciente de movilización social estuvo caracterizada, en primer lugar, por el desarrollo de grupos y asociaciones de gran escala especializados en múltiples fines, o sea, no ecológicos y no vinculados. En segundo lugar se caracterizó por la continua extensión e interpenetración de los diversos mercados internos en las esferas institucionales de la sociedad. La tercera característica estuvo constituida por el permanente crecimiento y extensión de la urbanización y por la incesante difusión de los medios de comunicación social.

En esta fase se originan diferencias muy importantes entre las sociedades, que se corresponden bastante con la división entre sociedades adultas en la modernización y sociedades «recién llegadas» a la misma.

Estructuralmente, la principal diferencia entre estos dos tipos de sociedad residió en la *continuación* de la movilización social, industrialización y crecimiento económico relativamente graduales (aunque irregulares con frecuencia) y consiguiente incorporación de estratos más amplios a las estructuras ya establecidas y en el proceso de movilización social relativamente acelerado e impacto directo e intensivo de este proceso sobre el mismo establecimiento de los nuevos centros.

En este último caso este proceso estuvo relacionado frecuentemente con un ritmo diferente de movilización social y un distinto desarrollo temporal relativo de la modernización en diversas esferas institucionales. En la mayoría de los nuevos estados el proceso de diferenciación y movilización social fué más fuerte en la esfera política, ecológica y educativa que en la industrial o

la económica. El fenómeno de superurbanización y concomitante industrialización, que encontramos con frecuencia en muchas de estas sociedades, es un exponente importantísimo de esta general tendencia.

En esta fase, paralelamente a los viejos problemas sociales, orientaciones de protesta y exigencias políticas, tienden a surgir otros nuevos cuya naturaleza oscila notablemente entre las sociedades «adultas» y las «recién llegadas» a la modernización. En las primeras sociedades, esta segunda fase planteó dos problemas relacionados entre sí. Uno de ellos, la posibilidad de disociación del centro en diversos grupos y *élites* modernizados, el desarrollo de símbolos y orientaciones divisibles y la consiguiente descomposición de las estructuras modernizadas de relativo desarrollo. El otro, la posibilidad de una indiferencia de los estratos más amplios con relación al centro.

Aquí variaron de nuevo las soluciones a estos problemas — y la capacidad consecuente de los nuevos centros para resolver las dificultades de los cambios permanentes— con arreglo a la cohesión interna y orientación de las principales *élites* modernizantes.

II

La mayoría de las sociedades de modernización retardada comparten algunas características comunes. Todas estas sociedades pertenecieron en su estado inicial de modernización al tipo de modernización «dividida» (llevada a cabo por diferentes *élites*) debido a los autócratas tradicionales y al «viejo estado» que representaban y a la moderna «inteligencia» y movimientos sociales y nacionales que seguían una orientación modernista diferente (generalmente antagónica) y cuya confrontación provocó casi siempre la caída de los regímenes existentes (2).

Todas estas sociedades de modernización retardada fueron en muchos casos las primeras periferias de varios centros modernos políticos y culturales. El proceso de modernización se desarrolló inicialmente entre ellas, por lo general, bajo el impacto de fuerzas externas y sólo en menor grado por impulso de iniciativas propias y de la transformación de sus grupos y estratos mayores. Bien es cierto que la mayoría arrancó de un punto inicial de la primera fase de modernización, pero casi siempre el centro que se desarrolló en dicha fase fué incapaz de resolver los crecientes problemas de una movilización más intensa. Por ello, los problemas y procesos de la segunda fase de modernización resultaron ser más pronunciados en la cristalización de un centro moderno y en la modernización de los grupos y estratos sociales más amplios.

(2) Véase *Modernisation, Protest and Change*, citada por S. N. EISENSTADT.

Por esta causa, y como ya hemos mencionado anteriormente, algunos de los principales problemas que afrontaron estas sociedades respondieron a la necesidad de desarrollar casi por completo nuevos centros bajo el impacto de procesos, relativamente intensos, de movilización social y de movilización de los estratos mayores —muy a menudo sin el desarrollo paralelo de mecanismos internos reguladores y alteración de valores entre los grupos envueltos en estos procesos—. De ahí que tendiesen a presentar características de una continua dualidad estructural —dualidad frente al medio moderno y tradicional— que condujo frecuentemente a situaciones críticas (3).

Debido a la gran importancia que tiene en estas sociedades la formación de nuevos centros, en todas ellas se patentizó una relativa primacía de las consideraciones políticas y concepciones sobre el Poder a lo largo de todo el proceso de modernización. De igual modo, debido al relativo «tradicionalismo» de estas sociedades y a la relativa debilidad de los impulsos internos modernizantes de los estratos mayores, la política seguida por los centros para fomentar y regular la movilización social tuvo especial importancia en la estructuración del proceso modernista. En esta política destacan, por su trascendencia, tres principales aspectos: medidas en el sector agrario orientadas a dar salida a las grandes reservas de mano de obra y corregir los errores del medio ambiente tradicional; medidas en el sector industrial destinadas a transformar la economía y medidas en el terreno de la enseñanza proyectadas a reorientar los principios de grandes ámbitos de la población que no siempre se sienten inclinados a la modernización.

Pueden distinguirse varios tipos principales de estas sociedades, cada uno de los cuales ha hecho frente a los mismos problemas básicos con un enfoque diferente.

Uno de ellos, representado principalmente por los países iberoamericanos, se caracteriza por el continuo desarrollo de procesos de movilización que corren paralelos a una relativa ineptitud para la eficaz cristalización de nuevos centros.

Los demás tipos son aquellos en los que el centro precedente, «débil» o tradicional, ha sido desplazado por nuevos centros modernos establecidos por un movimiento revolucionario. Cabe distinguir tres clases de revoluciones: la «comunista» —que intenta establecer un régimen totalitario—; la revolución «nacional» interna, dirigida contra el régimen autocrático de la tradicional oli-

(3) Véase *Breakdowns and Modernisation*, reimpresso por Economic Development and Cultural Change, vol. XII, núm. 4, U. S. A., julio de 1964 (Copyright, 1964, de la University of Chicago), págs. 345-367, que contiene nuevos datos bibliográficos; S. N. EISENSTADT: «Processes of Modernisation and of Urban and Industrial Transformation Under Conditions of Structural Duality», en *Informations*, International Social Science Council, vol. IV, marzo de 1965, París, págs. 40-50.

garquía mejor ejemplificado por Méjico y Turquía, y, finalmente, las diversas revoluciones nacionalistas dirigidas contra los regímenes coloniales extranjeros que han dado origen a los numerosos estados postcoloniales de Asia y Africa.

III

En este capítulo compararemos sucintamente dos tipos principales de regímenes que se desarrollan en la segunda fase de la modernización: a) El caracterizado por una continua dualidad estructural y una inestabilidad del centro, muy claramente observada en los diversos países iberoamericanos. b) El que puede definirse más exactamente como el de los regímenes revolucionarios nacionales, representado principalmente por Méjico y Turquía. Quizá la característica más importante de la mayoría de las naciones de Iberoamérica (no podemos entrar en un detallado análisis de las diferencias respectivas) sea lo que puede llamarse dualidad estructural dentro de la sociedad, la continua coexistencia, en condiciones de una permanente transformación social, de diferentes sectores sociales, especialmente de la sociedad tradicional «desorganizada» y de la moderna también desequilibrada y dispersa.

Esta dualidad se evidenció en distintos planos. El primero de ellos quedó reflejado en el hecho de que continuaran coexistiendo ecológicamente las viejas estructuras tradicionales y las estructuras relativamente más modernas aunque con escasa conexión entre ellas. El segundo se caracterizó por el trasplante a los centros de la vida moderna (las capitales) de grupos de inmigrantes rurales desarraigados que constituyeron nuevas formas de barrios bajos (como las famosas «favelas» de Río o las «villas miserias» de Buenos Aires) y continuaron creciendo con el vertiginoso impulso alcanzado por la urbanización. El tercero, y tal vez el más importante, fué que esta continua dualidad estructural estuviera caracterizada en la mayoría de los países iberoamericanos (con la excepción de Méjico donde la «revolución» rompió el hermetismo de algunos grupos estableciendo entre ellos nuevos mecanismos vinculadores) por la persistencia de las diferencias básicas entre los sectores rural y urbano —el centro—, por la ineficacia de los intentos de reforma agraria y por la incapacidad de integrar los sectores rurales en marcos sociales más modernos.

Este hermetismo del sector rural fué parte (si bien una de las más importantes y significativas de las especiales características del proceso de movilización social en estos países) de una movilización social relacionada con el «hermetismo» relativamente acentuado de los diferentes grupos y estratos que fueron arrastrados al ambiente moderno ecológico más diferenciado y que, al parecer, adquirieron muchas características de la modernización.

El aspecto más importante de este hermetismo fué el predominio de una actitud puramente «acomodatícia» al medio social pero con una orientación solidaria poco activa y una escasa identificación con el mismo. Esta orientación acomodaticia puede manifestarse de dos formas diferentes, al parecer opuestas, pero con frecuencia coalescentes. La primera más frecuente entre los diversos grupos «tradicionales», inferiores y a veces medios, del sector rural y urbano, se caracteriza por una acentuada rigidez en su concepción de la sociedad en general y de su posición dentro de ella en particular. Con frecuencia se manifestó en un concepto muy rígido del *status* «ritual», en la exigua presencia de aspiraciones que no fueran el ámbito tradicional de ocupaciones o el deseo de lograr formas diferentes de participación social y política, nuevas expresiones de caudillaje o de organización.

Estas características estaban arraigadas profundamente en algunos rasgos de la estructura interna de estos grupos: fuerte tendencia a minimizar la diferenciación interna con sanciones relativamente severas contra los que habían intentado romper esta homogeneidad; acusada debilidad de los mecanismos flexibles de autogobierno dentro de estos grupos, y una casi imperceptible disposición para entrar en relaciones internas o externas más complejas.

Dichas características repercutieron muy diversamente en la estructura y actividades de estos grupos cuando fueron incorporados a medios sociales urbanos, modernizados y diferenciados, industriales y semiindustriales. Resultaron en la radicación de tipos «tradicionales» de relación, es decir, en medidas paternalistas en los sectores industriales y contactos con los medios oficiales con los políticos y dirigentes de la iglesia; en la falta de disposición para asumir responsabilidades o tomar iniciativas en los nuevos marcos sociales, y, en general, en una acentuada pasividad y un reducido campo de intereses.

De forma análoga, en la medida en que las nuevas aspiraciones profesionales y de posición social se desarrollaban dentro de estos grupos, se centraban en tipos preexistentes, relativamente limitados, de concepciones e ideas de la misma naturaleza que aquéllas. La gran inclinación a las ocupaciones académicas, profesionales, burocráticas, y de «cuello blanco» frente a las más técnicas, comerciales y especializadas, tan extendida en muchos de estos países en *todos los niveles* profesionales, es quizá la manifestación o indicación más clara de estas tendencias.

La segunda forma principal en que pudo manifestarse esta actitud acomodaticia al medio social fué la que cabría llamar «apertura» y «flexibilidad» exageradas, sin límite, y los intentos de lograr dentro de este nuevo ambiente diversidad de beneficios, emolumentos y posiciones sin considerar las posibilidades reales de los demás grupos de la sociedad. Esta tendencia queda clara-

mente ejemplificada por algunos de los grupos urbanizados más activos de la Argentina y otros países iberoamericanos (4).

Estos dos aspectos o consecuencias de la dualidad estructural coinciden muy a menudo en el terreno político donde pueden dar impulso a un elevadísimo nivel de politización, de aspiraciones políticas que se apoyan grandemente en un sistema social establecido.

Esta dualidad estructural quedó afianzada por el desarrollo en la mayoría de los países de lo que ha sido llamado por un sociólogo iberoamericano situación de «colonización interna», en la cual el centro, relativamente modernizado pero todavía débil y en su conjunto oligárquico, mantiene a la periferia en un estado de continua privación y dependencia económica y política.

Estos procesos, junto con algunos de los problemas que presentan estos países en la esfera económica internacional, tienden de forma destacada a influir la esencia de la formación de clases. Esta formación estuvo caracterizada por la fuerte preponderancia de las viejas categorías profesionales, comunitarias y burocráticas (frente a las industriales y empresariales) y por su fuerte dependencia del Estado, que demostró escasa habilidad para controlar estas ocupaciones y su continua expansión, ya que él y sus agencias burocráticas tendían a convertirse en una de las principales agencias de colocación.

Este tipo de formación de clases explica también, hasta cierto punto, las especiales características de la «inteligencia» en estos países. Aunque la fuerte preponderancia de las profesiones pedagógicas facilitaba un fértil terreno natural para los intelectuales que potencialmente pudieran separarse del sistema vigente, en general estos grupos activos de la cohesiva inteligencia no se desarrollaron como en la Europa Oriental o en los nuevos Estados. Esto se debió, probablemente, a la capacidad de las burocracias estatales y a la flexibilidad de

(4) Sobre los diferentes países latinoamericanos:

K. SILVERT: *The Conflict Society - Reactions and Revolution in Latin America*, Nueva Orleans, Hauser, 1961.—R. ALEXANDER: *Today's Latin America*, Nueva York, Anchor Books, 1962.—H. DAVIS (Ed.): *Government and Politics in Latin America*, Nueva York, Ronald Press, 1958.—E. LIEWEN: *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1960.—E. DE VRIED y M. ECHAVARRÍA (Eds.): *Social Aspects of Economic Development in Latin America*, París, U. N. E. S. C. O., 1963.—H. DAVIS (Ed.): *Government and Politics in Latin America*, op. cit.—E. LIEWEN: *Arms and Politics in Latin America*, op. cit.—K. SILVERT: *The Conflict Society - Reaction and Revolution in Latin America*, Nueva Orleans, Hauser, 1961.—K. SILVERT: *Political Universes in Latin America*, American Universities Field Staff Report Service, vol. VIII, número 7 (general), diciembre de 1961.—J. JOHNSON: *Political Change in Latin America, The Emergence of the Middle Sectors*, Standford, Stanford University Press, 1958.—G. I. BLANKSTEN: *Political Groups in Latin America*, *American Political Science Review*, LIII, núm. 1, marzo 1959, págs. 106-127.

los centros ante las demandas de los estudiantes. Aunque las Universidades tendían a convertirse aquí en una base natural de agitación sociopolítica, su activismo político parecía disiparse relativamente pronto y sólo en raras ocasiones era canalizado en grupos continuos transformadores o en actividades políticas.

Sólo se desarrollaron grupos relativamente limitados dentro de estas sociedades que demostraron una mayor flexibilidad y orientaciones más realistas. Los más importantes fueron algunas comunidades económicas y comerciales o nuevos grupos profesionales, cierto liderato rural no violento y relativamente extraño, y algunos grupos religioso reformadores. Pero en la mayoría de las sociedades estudiadas aquí dichos grupos eran débiles y, sobre todo, estaban segregados de un modo relativo de las instituciones centrales de las sociedades y de los estratos sociales más amplios. Aun cuando entre la *élite* y los grupos sociales más extensos que fueron incorporados a nuevas estructuras se crearon nuevos tipos de organizaciones sociales especializadas y diferenciadas, sindicatos y organizaciones profesionales, no se llegó a la creación de una nueva estructura institucional diferenciada que fuera viable.

Estos grupos no pudieron funcionar con eficacia porque tenían que trabajar bajo lo que podríamos llamar premisas «falsas», es decir, que no reunían en estos marcos sociales los requisitos previos para un positivo funcionamiento. Con mucha frecuencia presentaron características de lo que ha sido llamado por un estudiante de francés «retardación», «tradicionalismo», «comunidades negligentes» (5), o sea, comunidades no orientadas al logro de sus manifiestas aspiraciones (expansión económica, desarrollo comunitario y otras similares), sino al mantenimiento de su *status* reconocido y de los intereses de sus miembros dentro de los marcos sociales existentes.

Por otra parte, aun cuando en algunas esferas institucionales (educación, ámbito económico, medios profesionales) tendían a crearse algunos grupos diferenciados más estables, eran muy limitadas sus posibilidades de desarrollar y mantener su organización y actividades dentro del marco general de la sociedad. Con mucha frecuencia sucumbieron a las presiones del medio ambiente

(5) Sobre Turquía:

K. KARPAT: *Turkey's Politics, the Transition of a Multi Party System*, Princeton, Princeton University Press, 1959.—B. LEWIS: *The Emergence of Modern Turkey*, Oxford University Press, 1961.—K. KARPAT: *Recent Political Developments in Turkey and their Social Backgrounds*, International Affairs, 1964.—F. W. FREY: *Political Development, Power and Communications in Turkey*, en L. Pye (Ed.), *Communication and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1962.—R. H. WARD y D. A. RUSTOW (Eds.): *Political Modernisation in Japan and Turkey*, Princeton, Princeton University Press, 1964.

que se iba desorganizando o haciéndose «negligente», es decir, circunscribiéndose a sus propios intereses sin capacidad para orientarlos hacia estructuras y relaciones más amplias.

IV

Estas diversas manifestaciones de la dualidad estructural y «hermetismo» que se aprecian entre los estratos generales de la sociedad corrieron paralelas a ciertas orientaciones de las *élites* que empezaron a cristalizar en la segunda fase de la modernización operada en muchos países de Hispanoamérica.

Cabe discernir dos tipos importantes de estas *élites* y orientaciones. Uno de ellos, la permanencia de la antigua *élite* oligárquica —con algunas variantes— principalmente en la forma de grupos militares y grupos comerciales de envergadura.

Junto al primero, y arrancando del proceso de continua movilización social, se desarrolló un segundo núcleo de *élites* más «demagógicas» y «populistas» que fueron reclutadas de entre los viejos grupos tradicionales conservadores y de los grupos más modernos. Ambos tipos de *élites* demostraron una actitud más bien ambivalente hacia la modernización, si bien la naturaleza de esta ambivalencia varió considerablemente entre ellos.

Las *élites* tradicionalmente más oligárquicas que seguían existiendo en muchos de los países iberoamericanos o que estaban estrechamente vinculadas a diversas camarillas y grupos militares «conservadores» demostraron una actitud hacia los cambios característica de los regímenes más autocráticos del período anterior. Sin embargo, obligados por la creciente movilización social tuvieron que recurrir cada vez más a los medios de control y de comunicación social más sofisticados y al uso de símbolos políticos y sociales de mayor actualidad.

Las *élites* populistas más modernas intentaron seguir una política más progresista y diversificada y establecer símbolos y estructuras comunes más viables. Pero entre muchas de estas *élites* la actitud frente a las transformaciones fué generalmente una combinación de propósitos, queriendo, por un lado, encontrar caminos «fáciles» para el establecimiento de estructuras modernas y, por otro, controlar las masas «movilizadas» sin llevar a cabo una transformación estructural demasiado efectiva de las partes principales de la sociedad —siendo el problema agrario, por lo general, el talón de Aquiles de gran parte de los elementos reformistas—.

Estas *élites* propendían a desarrollar una amplia gama de políticas más dinámicas que, paradójicamente, condujeron a reforzar la dualidad estructural de las sociedades.

El principal denominador común de estas políticas fué la continua oscilación de las *élites* gobernantes en sus intentos de controlar los puestos oficiales y grupos predominantes de la sociedad y de monopolizar las posiciones de control efectivo, por un lado, y de acceder constantemente a las demandas de los diversos grupos, por otro. Ejemplos de estas actitudes políticas pendulares pueden encontrarse en muchos sectores importantes.

Y así, en primer lugar, observamos en casi todos estos países una continua expansión y aumento de las burocracias por la incorporación de nuevos aspirantes, junto con una constante condescendencia de los gobernantes a las exigencias de los que detentan estos puestos en pro del derecho al cargo y de salarios y emolumentos más elevados (aun cuando no fueran del todo convenientes para hacer frente a la inflación).

Una oscilación similar podemos encontrar en el terreno de la reforma agraria. En muchos de estos países se pusieron en práctica amplísimos programas oficiales de redistribución de tierras pero con frecuencia desembocaron en una desorganización del medio agrícola tradicional y en la resistencia de varios grupos de intereses creados que intentaron aprovecharse de la situación para su propio engrandecimiento. Estos intereses que procuraban poner obstáculos a la modernización de la agricultura eran defendidos por los terratenientes y por los nuevos propietarios campesinos, y lograron evadir y subvertir la política del Gobierno destinada a incrementar la producción industrial, la modernización de la agricultura, etc.

En muchos casos las agencias de perfeccionamiento agrícola --agencias de crédito, centros de desarrollo comunal establecidos por el Gobierno-- fueron atacadas y absorbidas por estos intereses creados en contra de los objetivos y política del Gobierno. sin que éste fuera capaz de controlarlas eficazmente.

En el campo de la enseñanza los gobernantes intentaron, unas veces, reprimir las actividades autónomas de los estudiantes y dirigirles en sus actividades educativas, y otras, acceder a sus demandas. Como consecuencia de esta oscilación, uno de los fenómenos más importantes que se produjeron en este campo fué el rapidísimo incremento del número de estudiantes en diversas instituciones docentes (especialmente en las escuelas superiores «humanísticas» y «académicas» y en las facultades más clásicas --humanidades, derecho--). De forma similar, los gobernantes cedieron a las exigencias de los estudiantes y a las demandas de los sectores educativos y pedagógicos con el consiguiente descenso de nivel. Con mucha frecuencia, y de modo paralelo, hubieron numerosos intentos por parte de los gobernantes (aunque no demasiado fructíferos) de controlar a los estudiantes a través de medidas tendentes a mantener la disciplina entre ellos y a dirigirles hacia actividades no académicas (técnicas, profesionales).

En la esfera de la estricta política económica los ejemplos de reglamentación y confiscación que hicieron disminuir el rendimiento de los sectores económicos y las extensas medidas redistributivas aplicadas en varios sectores de la población, son demasiado numerosos y conocidos para entrar en una explicación detallada.

En la realización de estas políticas los nuevos gobernantes no sólo sucumbían a las presiones de distintos grupos sino que reiteradamente creaban y justificaban dichas presiones. Una consecuencia muy general de esta política fue la reducción y disipación de los recursos disponibles. Con frecuencia eran razones «simbólicas» e ideológicas las que motivaban esta disipación de recursos y también los esfuerzos de los gobernantes por conseguir apoyo para justificar sus actitudes. Ello reducía la capacidad de maniobra de estas *élites*. Al mismo tiempo, debido a la ausencia de principios, normas o prioridades definidos, tendían a aumentar los conflictos entre los diversos grupos a medida que se acentuaban las aspiraciones de todos ellos, mientras que el conjunto de la economía permanecía estático o decrecía en rendimiento.

De este modo se produjeron paralelos de extrema importancia en las orientaciones y actividades de las nuevas *élites* y de amplios sectores de los grupos y estratos generales de estas sociedades. Se caracterizaron por el desarrollo de orientaciones culturales, políticas y sociales relativamente rígidas y limitadas dentro de las nuevas estructuras institucionales. En ambos casos estas orientaciones y aspiraciones recogían unas veces «algo» del *status* y símbolos de la estructura social precedente, centrándose de un modo relativamente rígido incluso en las únicas posibilidades existentes en estas estructuras, o eran concebidas también como bienes «flexibles» pero inalcanzables.

Este desarrollo paralelo en las orientaciones de las *élites* y los grupos y estratos generales explican suficientemente la dualidad estructural continuamente repetida, que tiende a poner grandes obstáculos a la constitución de grupos más efectivos y dinámicos. Al mismo tiempo muestra una propensión a minar las estructuras económicas modernas, especialmente a través de la continua inflación que se desarrolló bajo la presión de diversas tendencias económicas y políticas.

Los distintos procesos analizados anteriormente pueden explicar algunas de las características de la evolución de los países iberoamericanos hacia la sociedad masiva. Lo mismo que en el Japón se desarrolló en éstos una tendencia muy acentuada hacia este tipo de sociedad, pero a diferencia de este país oriental estas tendencias carecieron de un consenso tradicional arraigado. Desde el principio se apreció que en los focos o símbolos de común identidad estos países eran muy débiles y que esta debilidad (lo mismo que las diversas manifestaciones de dualidad estructural) dificultaba el funcionamiento eficaz

de aquellas instituciones —Parlamento, asociaciones, opinión pública— que podían servir de eslabones en el desarrollo de un orden cívil.

Aquí también se produjo una discrepancia entre la organización estatal existente y los movimientos nacionalistas, si bien algo diferente a la que observamos en varios países de la Europa Oriental, pues no se consideraba al Estado como un obstáculo o un enemigo del nuevo nacionalismo y hubieron pocos casos en que los nuevos símbolos, efectivos y vinculantes del nacionalismo pudieron repercutir en el centro político existente y raras también las resistencias que se opusieron a los mismos.

V

Como resultado de estos procesos, los diferentes países iberoamericanos reflejaron, al margen de las diferencias específicas (la excepción de Méjico será analizada posteriormente), ciertas características, la más importante de las cuales fué la debilidad de los nuevos centros que cristalizaron en la segunda fase de la modernización.

Esto se puso principalmente de manifiesto en la relativa debilidad de los símbolos comunes de identidad nacional, de las reglas comunes, aceptadas, del juego político, y en la ausencia relativa de cohesión de las *élites* gobernantes.

Todos estos aspectos negativos pueden apreciarse quizá más claramente en la continua oscilación de las *élites* gobernantes en sus políticas de reformas estructurales de gran alcance (principalmente agrarias) y en las consiguientes y reiteradas manifestaciones de descomposición y retroceso (particularmente en las sociedades más modernas y diferenciadas) después de lo que podríamos llamar salto a la modernización.

El ejemplo más notable de esta situación podemos encontrarlo en Argentina, donde, después del considerable desarrollo económico inicial y de los intentos de establecer un régimen constitucional durante las dos o tres primeras décadas del siglo XX, se experimentaron retrocesos económicos intermitentes patentes también en el terreno político con el régimen peronista y las vicisitudes e inestabilidad consecuentes a dicho régimen.

De forma análoga, si bien menos extrema, puede observarse una constante inestabilidad económica y política en otras naciones de Iberoamérica, donde los regímenes políticos se sucedieron con frecuencia, estando unas veces representados por dictaduras militares y otras por una combinación de varios grupos oligárquicos y populistas que no supieron hacer frente de modo continuo y eficaz a los numerosos problemas planteados por la modernización.

Pero esta misma combinación de permanente movilización social, de dualidad estructural, de oscilación de las *élites* y de constante inestabilidad política y económica, dió origen, por un lado, a nuevos movimientos de oposición, más activos y articulados y, por otro, a una continua búsqueda de nuevos símbolos comunes y de esfuerzos tendentes a la creación de estructuras más coherentes.

La característica más importante de estos esquemas de organización política estuvo en la constante oscilación entre los brotes de violencia, actividades separatistas y orientaciones a la manera del período antiguo, y el desarrollo de una tendencia hacia la formación de partidos populares con fuertes orientaciones «totalitarias». Estos partidos intentaron muchas veces organizar conjuntamente, bajo el contexto de uno de ellos, grupos distintos y separados, movimientos y orientaciones difusos y más generales que pudieran movilizar eficazmente masas más amplias. Intentaron asimismo desarrollar nuevos símbolos de protesta en los que divisas nacionales, sociales y populistas se combinaron muchas veces para constituir nuevas clases de partido.

Estas situaciones han sido resumidas recientemente por Di Tella al describir lo que él llama «ideologías monolíticas» de los sistemas de partido múltiple de Hispanoamérica.

«Es típico de Hispanoamérica una coalición entre *élites* de orientación monolítica y una clase obrera masificada (urbana o rural) que ha sido calificada por Gino Germani de «nacionalismo popular». Este comprende algunas variantes y va del fidelismo al peronismo incluyendo asimismo a los partidos de carácter aprista. Este tipo peculiar de coalición (no extraña en los países subdesarrollados) tiende a ser muy poderosa desde el punto de vista electoral y a gobernar monolíticamente cuando se hace cargo del Poder, particularmente en las primeras fases de su consolidación, como «coalición popular nacionalista». Pero aunque una amenaza para la democracia, es al mismo tiempo el material más idóneo para levantar los cimientos de la misma. Una oposición con capacidad para oponerse.

Bajo las condiciones de un desarrollo económico más estable o después de haber desaparecido las tensiones creadas por la guerra, la coalición tiende a disolverse debido a la absorción de sus *élites* no proletarias por las clases media y elevada. Aquí se dan ejemplos de muchos defensores de las clases obreras que permanecen en el movimiento «nacionalista popular» aunque éste no deja de perder seguidores marginales. La ideología monolítica permanece por lo general, si bien con expresión más moderada, y cumple la función de mantener la fuerza orgánica del partido «nacionalista popular». Siendo así una de las bases para la continuidad de una fuerte oposición al Gobierno conservador, cabe la hipótesis de que la ideología monolítica es funcional al establecimiento

de un sistema de partidos en este período de gestación del orden político hispanoamericano».

En estos movimientos apreciamos una interesante transformación de la nomenclatura de la oposición política. Quizá la característica más sobresaliente de este movimiento de protesta que se desarrolló en los países hispanoamericanos fué la particular convergencia de motivos y focos socioeconómicos y políticos. Aunque la estructura socioeconómica tendía a programar la usual división (europea) entre las izquierdas y las derechas —con una acentuada motivación agraria en las primeras— el desarrollo de las nuevas *élites* demagógicas que estaban orientadas hacia los estratos mayores sin provocar cambios estructurales de gran envergadura, creó una situación en que los temas políticos populistas eran acogidos por los grupos económicamente conservadores o, al menos, no renovadores. De aquí que la «habitual» distinción entre «izquierdas» y «derechas» perdieran su significado corrientemente aceptado, ya que muchos movimientos de las clases bajas estuvieron dirigidos no sólo a la obtención de beneficios sociales y económicos sino también a la creación de nuevos símbolos comunes de identificación nacional que muchas veces tenían un carácter nacionalista radical con características más totalitarias y disociadoras.

Paralelamente a estos nuevos tipos de organización política, unas veces aliados y otras opuestos a los mismos, surgieron nuevos intentos de desarrollar mecanismos vinculantes y de crear símbolos y focos más flexibles de identidad nacional.

Estas orientaciones más flexibles y los esfuerzos concomitantes para establecer nuevas estructuras centrales más viables procedieron principalmente de los nuevos grupos y *élites* profesionales, empresariales e intelectuales que procuraron vencer el «hermetismo» de los grupos y estratos principales mediante reformas de gran alcance, ya fuera en el sector agrario, ya aplicando nuevas políticas en la enseñanza o estableciendo nuevas empresas comerciales basadas en orientaciones más profesionales.

Fueron también estos grupos los principales «agentes de la reforma» (para usar la terminología de Hirschman) que intentaron materializar estas diversas transformaciones, unas veces mediante coaliciones con las *élites* tradicionalmente más oligárquicas y otras con las populistas más demagógicas.

Estas iniciativas de reforma estructural, por un lado, y los diversos tipos de organización política modernos descritos anteriormente, por otro, estuvieron estrechamente relacionados con una búsqueda continua de nuevos símbolos centrales y con los esfuerzos tendentes a una cristalización de la nueva institución central. Esta búsqueda ha proseguido en casi todos los países hispanoamericanos pero con formas y direcciones distintas.

VI

En contraposición a estas características de la mayor parte de los países hispanoamericanos destacaron las correspondientes a los diversos regímenes revolucionarios, especialmente de los «revolucionarios nacionales».

Aquí analizaremos, principalmente, sólo un tipo de estos regímenes, el revolucionario nacional ejemplificado por Méjico y Turquía (6). Quizá el mejor medio de comprender sus características y problemas específicos sea señalar antes que nada los caracteres que comparten con los comunistas (especialmente en lo que respecta a ciertos problemas básicos de la segunda fase de la modernización).

En la esfera central los dirigentes de todos estos regímenes intentaron establecer un nuevo orden institucional con los propios símbolos del centro. Estos se forjaron de las orientaciones básicas de protesta que hicieron cristalizar estas revoluciones y combinaron (con distinto relieve) aspectos culturales nacionalistas y temas sociales con el propósito de superar la dicotomía entre estatidad y nacionalismo.

En consecuencia, ambos tipos de regímenes originaron transformaciones efectivas en las esferas simbólicas y políticas centrales, intentando incorporar diversos elementos étnicos locales para contrarrestar a los más arraigados —tal es el caso del Islam en Turquía, del colonialismo español en Méjico y del marxismo y ortodoxia en la Unión Soviética— considerados por los dirigentes como agentes disociadores incapaces de ofrecer un foco común de identificación.

Al mismo tiempo mostraron una tendencia a flexibilizar los marcos sociales tradicionales y a provocar ciertas actitudes y orientaciones renovadoras en los estratos mayores, con objeto de «abrirlos» al nuevo centro e «impulsarlos» hacia una creciente diferenciación y movilización social, cultural y económica.

En este contexto los problemas agrarios, o más bien los problemas de reforma y transformación agraria, adquirieron una importancia crucial. La

(6) Sobre Méjico:

H. F. CLINE: *Mexico, Revolution to Evolution*, Londres, Oxford University Press, 1962.—R. E. SCOTT: *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1959.—O. PAZ: *The Labyrinth of Solitude, Life and Thought in Mexico*, Nueva York, Grove Press, 1961, capítulos especiales VI-VIII.—R. VERNON: *The Dilemma of Mexico's Development, the Roles of the Private Sectors*, Cambridge, Harvard University Press, 1963.—R. H. SCOTT: *Mexico, The Established Revolution*, en L. W. Pye y S. Verga (Eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965, págs. 330-396.

transformación de la escena agraria dió cauce a las grandes reservas de mano de obra y fomentó la identificación nacional con los nuevos símbolos nacionales que hasta entonces permanecían estancados en el ambiente tradicional y que constituían un obstáculo importante en el camino de la modernización.

En general, los aspectos más decisivos de los esfuerzos de las *élites* para introducir reformas estructurales, fueron la creación de ciertos mecanismos vinculadores e integradores entre las esferas locales y centrales que minimizaron la continua dualidad estructural y anularon sus efectos. La mayoría de estos mecanismos fueron ordenados, al menos inicialmente, por organizaciones burocráticas, políticas y de partido. Fué a través de estas estructuras cómo las *élites* gobernantes de estos regímenes intentaron atraer estos grupos hacia la estructura institucional más diferenciada y regular, al mismo tiempo, su relativa integración en la misma imponiéndoles su política. En este aspecto difieren grandemente de las *élites* más pendulares que se desarrollaron en muchos países hispanoamericanos y en gran número de los nuevos Estados.

Esto puede observarse en los detalles de las políticas desarrolladas por estas *élites* para abordar los problemas de la modernización. Así, por ejemplo, la reestructuración del proceso de comunicación se efectuó en estos países por el gradual eslabonamiento de los distintos niveles de comunicación y la *gradual* aproximación a un sistema de comunicación relativamente unificado. Un aspecto importante de este último proceso de aproximación gradual fué que durante un cierto período permanecieron separados los diferentes niveles o esquemas de comunicación a la vez que los mecanismos especiales de interconexión, que mantenían cierto contacto con el sistema central comunicativo a través de las *élites*, se extendían paulatinamente pero de un modo continuo.

Estas *élites* eran al mismo tiempo algo más flexibles en la concepción de su *status* y más firmes en la realización de sus políticas. No cedieron continuamente y sin discriminación a las exigencias de los diferentes grupos y estratos sociales. En casos extremos, como Rusia, recurrieron a la coerción, pero en otros intentaron dirigir, manejar y regular estas demandas.

El mismo cuadro puede apreciarse, por ejemplo, en el terreno de la política docente. En la mayoría de estos países se observa una considerable extensión de la educación primaria en la esfera local y un paralelo crecimiento de las escuelas especiales seculares y diversificadas entre las *élites*, registrándose sólo un gradual ascenso de la movilidad en estos niveles.

Quizá lo más importante, desde el punto de vista de nuestra discusión, ha sido la estructuración de los procesos de movilidad social en estos países. En todas estas naciones se desarrollaron continuamente procesos de movilidad que rompieran forzosamente la autosuficiencia de algunas unidades, al menos las tradicionales, incorporándolas a la estructura de las nuevas y más modernizadas

instituciones. Esta movilidad estuvo unida, en general, a oportunidades expansivas de carácter realista (o, al menos, la discrepancia entre las aspiraciones dinámicas y las realidades de las economías en desarrollo no fué tan grande como en los restantes casos), especialmente en Iberoamérica y muchos de los nuevos Estados.

Los procesos de movilidad estuvieron aquí estrechamente relacionados con el desarrollo de algunas aspiraciones y orientaciones profesionales y de un *status* más diferenciados y con la creciente diferenciación interna de las unidades locales (rurales y urbanas). Ellos dieron origen a algunos cambios importantes en la estructura del liderato y participación comunitaria y a crecientes conexiones entre estos grupos y las instituciones centrales.

En todos estos países los nuevos gobernantes estaban, evidentemente, muy interesados en retener en sus manos el monopolio del poder y determinación del *status*. Pero intentaron desarrollar este monopolio junto con una creciente diversificación de los símbolos y estructuras del *status*. Restaron importancia al *status* político, pero procuraron, al mismo tiempo, dar relieve a las nuevas actividades laborales, técnicas y profesionales. Intentaron también minimizar en todo lo posible las tendencias diversas de las *élites* distintas y grupos burocráticos que pretendían monopolizar la distribución de los puestos elevados.

Pero estas *élites* tuvieron que hacer frente de modo continuo a dos problemas difíciles y separados aunque frecuentemente relacionados entre sí. El primero de ellos tenía sus raíces en el relativo conservadurismo y «hermetismo» de muchos de los grupos más tradicionales (especialmente los campesinos), hermetismo que podía transferirse fácilmente — como en Hispanoamérica — al medio urbano. El segundo problema respondía a la posibilidad de que se formasen grupos más modernizados y diferenciados, con exigencias más intensas que rebasaran los límites inicialmente establecidos por estas *élites*.

VII

Estas características comunes a los regímenes nacional revolucionario y comunista destacan aún más las diferencias existentes entre ellos. La principal diferencia residió en el hecho de que mientras el régimen comunista recurría a la modernización y transformación social coactiva de gran alcance, los nacionales revolucionarios establecían las bases para una transformación menos coercitiva que llevaban en sí mismas las semillas de un nuevo orden civil consensual.

Los tipos «nacionalistas» de revolución, aunque preconizaban una profunda transformación estructural de la sociedad, no entendían esta transformación

como una renovación total de la estructura social y procuraron tener presente algunos de los principales estratos y grupos o, al menos, permitirles cierta autonomía de expresión, intentando al mismo tiempo regular esta diversidad de reivindicaciones. Desarrollaron conceptos relativamente positivos para las orientaciones y aspiraciones de los diferentes grupos con el particular propósito de dar relieve a los símbolos de mayor arraigo nacional, a los más comunes, que les dieran cohesión.

En el terreno ideológico y de los valores, los dirigentes de estas revoluciones deseaban la creación de un conjunto de símbolos más flexibles y de una identidad colectiva que sin negar las tradiciones de las diversas partes de la sociedad diera cierto significado a los nuevos cambios.

En la esfera institucional estructural, estos regímenes intentaron establecer extensas organizaciones monolíticas o de partido dominante y cuerpos centrales burocráticos donde quedarán integrados también diversos sindicatos y organizaciones profesionales, a través de las cuales fueran reguladas y absorbidas las demandas de los distintos grupos.

Algunas de estas reivindicaciones —como las correspondientes a la reforma agraria de Méjico— se han convertido en símbolos importantes del nuevo régimen. (Resulta bastante curioso que las políticas reales conexas con estos símbolos no siempre satisficieran plenamente a las demandas potenciales que pudieran —como tantas veces ocurrió en la práctica— plantearse como consecuencia de los mismos.) Así, por ejemplo, las reformas introducidas en Méjico en el terreno agrícola tenían importancia desde el punto de vista de la reestructuración de los órdenes internos de las comunidades rurales, creando en ellas nuevos grupos sociales y económicos y abriendo nuevos canales de movilidad en el centro. Pero estas reformas no consiguieron, en general, bloquear constantemente la expansión de la economía cediendo a los viejos y nuevos intereses creados.

El partido y el ejecutivo actuaron aquí como focos principales de iniciativas e innovaciones políticas. Los partidos eran los focos básicos de promoción modernista, de formulación de políticas diversas destinadas a círculos reducidos y de movilización de recursos en favor de las nuevas políticas. Pero al mismo tiempo estos partidos no preconizaban una estrecha integración monolítica de todos los grupos, movimientos y opinión pública independiente, como tampoco la negación total de su expresión política autónoma. Por lo general autorizaban (voluntaria o involuntariamente) cierto grado de expresión. Gradualmente se fué recurriendo al legislativo y al ejecutivo como medio de diálogo político, de innovación y decisión política y a la burocracia como instrumento importante y, hasta cierto punto, autónomo, de formación y realización de estas políticas.

En las últimas fases del desarrollo las características de estos regímenes permitieron una creciente desviación hacia la burocracia e incluso hacia el legislativo como medios más destacados de decisión política.

VIII

Con la institucionalización del orden político de estos regímenes por un lado, y con la creciente diferenciación de su estructura social y progresiva movilización social, por otro, se plantearon nuevas exigencias de participación política y nuevas orientaciones y organizaciones de protesta.

Los principales problemas y orientaciones de protesta que surgieron aquí procedieron, o bien de la falta de integración de otros grupos más activos entre los pertenecientes al nuevo centro, o bien de sus intentos de transformarla en una dirección más flexible. El primer tipo de problemas surge principalmente entre los grupos más tradicionales, como los campesinos, y círculos musulmanes ortodoxos de Turquía que quisieron aprovechar la gran flexibilidad del nuevo medio ambiente para constituir medios sociales y metas más tradicionales.

El segundo tipo de problemas surge especialmente de los grupos más «modernos» y flexibles, como los profesionales, los de la clase media y los intelectuales. Estos grupos tendían a exigir una mayor participación en el proceso político y la puesta en práctica de una política más flexible.

Los problemas de la integración de los diversos grupos fueron aquí generalmente más agudos, atacándose continuamente la modernización e industrialización, marcándose una mayor diferenciación estructural, desarrollándose orientaciones y demandas más autónomas y registrándose una progresiva movilidad. Estos fenómenos intensificaron necesariamente el conflicto entre los distintos sectores, urbano y rural, moderno y tradicional.

Las orientaciones de protesta y los brotes que surgieron aquí adoptaron frecuentemente la forma de levantamientos y rebeliones y también la de orientaciones y organizaciones más diferenciadas, fundiéndose muchas veces estos dos tipos.

El problema especial que plantearon muchos movimientos de protesta fue que el régimen revolucionario contra el que dirigían sus actividades se había atribuido muchos de los potenciales símbolos de protesta, lo cual les creó dificultades para constituir nuevas organizaciones y orientaciones ideológicas más vastas. De ahí también que los viejos símbolos de «derechas» e «izquierdas» perdieran muchas veces su significado general. Estos problemas se acentuaron aún más por el hecho de que la mayoría de los dirigentes de estos nuevos grupos se formaran entre las filas de la burocracia o del partido, estando

frecuentemente más interesados en que variase su participación en las instituciones políticas centrales que en representar los intereses económicos de los diversos grupos.

La capacidad de estos regímenes para responder a estas nuevas orientaciones y organizaciones de protesta fué diversa. Méjico ha demostrado, hasta ahora, una gran habilidad para absorber la mayoría de estas nuevas formas dentro de la estructura de su régimen de «partido dominante». Lo consiguió por la puesta en práctica de una serie de medidas políticas que aseguraron un crecimiento económico relativamente ininterrumpido y que fueron lo bastante flexibles para acceder a algunas de las nuevas reivindicaciones, y por la continua reestructuración del partido que logró convertirlo en una organización más diferenciada y flexible, apta para acomodar nuevos intereses y nuevos grupos.

Por otra parte, en Turquía el nuevo régimen polipartidista establecido después de la segunda guerra mundial no pudo, al menos al principio, canalizar las nuevas corrientes en una estructura viable, y ello dió origen a descomposiciones parciales y a golpes militares que intentaron restaurar el régimen constitucional, que aún hoy sigue luchando por asegurar su aceptación y continuidad básicas. No obstante, a pesar de todos estos problemas es en estos regímenes donde encontramos la expresión institucional más próxima al establecimiento y extensión de un orden civil capaz de absorber gradualmente nuevos grupos sociales.

IX

Así, pues, los regímenes descritos comparten algunas características de todos aquellos que cristalizaron en la segunda fase de la modernización y reflejan al mismo tiempo rasgos ajenos a los mismos.

La principal diferencia entre estos países y muchos de los fenómenos registrados en Hispanoamérica y las nuevas naciones ha sido el desarrollo (como en los regímenes comunistas) de élites relativamente coherentes orientadas a la modernización y capaces de cristalizar un tipo de centro moderno más eficiente y flexible que corrigiera muchos de los defectos de la anterior modernización «dividida» y la continua dualidad estructural. Sin embargo, difieren de los regímenes comunistas en su misma orientación básica hacia la modernización. Estas diferencias parecen estar relacionadas, hasta cierto punto, con la naturaleza de los grupos de élite que consiguieron posiciones predominantes tras la disociación del régimen anterior.

En el caso de la revolución nacional éstos fueron grupos con fuertes orientaciones internas, más débiles en el aspecto «internacional». Por lo general

estuvieron formados por una combinación de grupos intelectuales que se separaron por completo de las *élites* preexistentes y de los grupos mayores de la sociedad, así como de los grupos que ocupaban posiciones de *élite* en la estructura precedente y mantenían contactos más estrechos con los estratos sociales mayores. Los grupos militares, y a veces los burocráticos, constituyeron frecuentemente elementos importantes en el conjunto de aquéllos.

En el caso comunista se trataba de *élites* más orientadas a los ambientes internacionales, más distanciadas de la estructura social precedente y, al menos inicialmente, también de los estratos mayores que eran los predominantes.

En cierto modo, es discutible hasta qué punto el predominio de estas *élites* en una sociedad determinada está preestablecido o responde a los accidentes y vicisitudes del juego de las distintas fuerzas sociales desplegado en tales situaciones históricas. La evidencia histórica que conocemos parece llevar a la conclusión de que este resultado no está preestablecido necesariamente y que se halla condicionado en gran parte por dichas vicisitudes. Pero una vez que la *élite* llega a conseguir una posición predominante y muestra un grado relativamente elevado de cohesión, impone sus propios patrones institucionales y orientaciones renovadoras.

S. N. EISENSTADT

(Traducción de LUIS PÉREZ GONZÁLEZ.)

R É S U M É

L'auteur nous offre dans cet article, une brève analyse des régimes socio-politiques que l'on voit se développer au cours de la deuxième phase de modernisation, la phase de "modernisation massive".

Dans la plupart des sociétés à modernisation retardée, l'on peut déceler quelques traits communs. Au stade initial de modernisation elles appartiennent toutes au type de modernisation "divisée" (la modernisation est mise en place par de différentes élites) sous l'égide des autocrates traditionnels et du "vieux état" qu'ils représentaient et sous celle une "intelligentsia" moderne et des mouvements sociaux et nationaux se réclamant d'une orientation moderniste différente, le plus souvent antagonique, le choc des deux tendances entraînant presque toujours la chute des régimes au pouvoir.

Toutes ces sociétés à modernisation retardée devinrent à plus d'une reprise les périphéries primitives de plusieurs centres modernes politiques et culturels. Le processus de modernisation y est déclenché généralement sous le coup de forces externes et à plus faible degré sous celui des forces nationales et en raison

de la transformación des couches sociales et des groupes les plus élevés. Le point de départ se trouve, certes, pour la plupart, à un point initial de la première phase de modernisation, mais le plus souvent le centre développé dans ce stade se montra incapable de résoudre les problèmes de plus en plus nombreux que posait une mobilisation de plus en plus intense. Aussi, less problèmes et procès de cette deuxième phase de modernisation sont-ils apparus bien plus marqués dans la cristallisation d'un centre moderne et dans la modernisation des couches sociales et des groupes les plus amples.

En égard à la grande importance de la formation de nouveaux centres dans ces sociétés, on y constate une primatie relative des considérations et critères politiques touchant le pouvoir tout le long du procès de modernisation. Trois aspects principaux y sont à signaler: une série de mesures portant sur le secteur agricole, visant à faciliter l'écoulement des grandes réserves de main d'oeuvre et à corriger aussi les erreurs de l'ambient traditionnel; des mesures concernant le secteur industriel en vue de transformer l'économie; et des mesures dans le domaine de l'enseignement pour refaçonner les principes à l'honneur dans de vastes couches de la population, peu portées souvent à la modernisation.

Parmi ces sociétés on est en droit d'en distinguer plusieurs types, les problèmes envisagés étant les mêmes mais les solutions apportées n'y ayant pas le même envisagement.

Il est question, succinctement, dans cette étude, des deux genres de régimes que l'on voit éclore dans le deuxième stade de modernisation. Le trait dominant dans le premier genre de régimes est la dualité structurale continuelle et l'instabilité du centre, fortement accentuées dans certains pays de l'Amérique du Sud. Le second de ces genres de régimes est celui que l'on pourrait définir comme révolutionnaire national et dont le Mexique et la Turquie nous fournissent l'exemple le plus clair.

S U M M A R Y

In this paper we shall attempt to analyse briefly two types of socio-political regimes which develop at second phase of modernization, the phase of so-called "mass modernisation".

Most of the various late-comers to modernisation share some common characteristics. All these societies belonged in their initial state of modernisation to the type of "split-up" modernisation —i. e. of a modernisation which was borne by different elites— by traditional autocrats and the "older state" they represented on the one hand, by modern intelligentsia and social and

national movements on the other, each of them having different and usually conflicting —modernising orientation— the conflict between which usually gave use to the breakdown of the existing regimes.

They were all late-comers to modernisation, in many cases first peripheries of various political or cultural modern centers. The process of modernisation initially developed among them mostly under the impact of external forces and only to a smaller degree through internal initiative and transformation of their broader groups and strata. Most of them started, truly enough, from some initial point in the first stage of modernisation but in each of them the center which was developed in the first stage was almost always incapable of dealing with the growing problems of more intensive mobilisation. Therefore the problems and processes of the second stage of modernisation proved to be more pronounced in the crystallisation of a modern center as well as in the modernisation of the broader social groups and strata.

Because of the central importance in these societies of setting up of new centers, in all of them there developed a relative primacy of political and power considerations in the entire process of modernisation.

Three major areas of such policies were here of such importance: policies in the agrarian field which were oriented to open up the great reservoirs, of manpower and commitments closed up in the traditional settings, policies in the field of industrialisation which aimed at the transformation of the economy and educational policies which had to cope with the motivational reorientation of large parts of the population which in themselves were not always internally committed to modernisation.

Several major types of such societies —each of which faced the same basic problems— but in each of which they were solved in different ways can be distinguished.

In this paper we shall compare briefly two major types of such regimes which develop in the second stage of modernisation —the type characterised by continuous structural duality and instability of center most clearly seen in several Latin American countries and the type which can best be defined as that of national revolutionary regimes— best exemplified by Mexico and Turkey.